

La guerra civil en la Literatura y la Literatura como fuente para la guerra

Ana Belén Rodríguez Patiño

I. LA LITERATURA COMO FUENTE HISTÓRICA

Historia como fuente de inspiración literaria. Historia y memoria. A continuación vamos a exponer aquí, sin embargo, con una breve introducción teórica y algunos apuntes concretos, el proceso inverso, es decir, el de la literatura con mayúscula y minúscula y los textos escritos de toda índole como fuentes válidas para la historiografía; para el estudio que de la realidad elaboramos los historiadores. Y en el caso que nos ocupa, nos centraremos principalmente en el tema de la Guerra Civil Española.

Desde el punto de vista del historiador, y desde esa misma perspectiva lo expongo como tal en las siguientes páginas, es, y ha sido siempre, la fuente escrita y la literatura uno de los pilares principales empleados en la estructuración de una investigación sobre cualquier época y sociedad; ha intervenido en la construcción de su estudio desde la antigua Grecia y el empleo de los textos de Heródoto, hasta el de cualquier reflejo escrito del paso del hombre a lo largo de los siglos. Nos hemos servido de muy diversos tipos: relatos, memorias, etc. Cabe en este momento, pues, formularse una cuestión: ¿por qué la literatura, entonces, como fuente para la historia, se ha encontrado siempre expuesta a la duda y en tela de juicio, y por qué el debate ha estado abierto entre los profesionales de la materia desde siempre?

La explicación puede tratarse en el hecho de adolecer, por derecho propio, de un cuerpo teórico y metodológico básico para encuadrar esta parte del estudio dentro de la ciencia social a la que pertenece. Le ha faltado el sostén de una base de contenidos y herramientas de interpretación, comúnmente aceptadas por la comunidad científica, que inserte su empleo en el curso de técnicas de estudio historiográfico. Aunque, de igual modo, con o sin planteamientos teóricos, siempre ha intervenido en la construcción de la investigación de los hechos históricos, si bien, por lo general, el predominio de la información clásica del documento de archivo haya ensombrecido su importancia.

Sabemos que la construcción de una investigación historiográfica es una realización compleja. Concluir una investigación concreta es una tarea fundamentalmente individual. Por tanto, es decisión personal y libre del historiador el empleo de todas y cada una de las fuentes que tiene a mano a su disposición y el optar por una forma más o menos académica a la hora de la exposición final. Desde la Escuela francesa de Annales, donde se percibió la necesidad de abrir la historiografía a nuevos temas, principalmente los de carácter social, quedó de manifiesto la validez de la recuperación de fuentes literarias para el conjunto de la investigación humanística. Una validez que nunca había perdido, pero cuyo reconocimiento le llegaba en ese momento de forma oficial.

En la década de los años noventa del pasado siglo XX, la Universidad Complutense de Madrid, en la figura de dos de sus docentes, Guadalupe Gómez-Ferrer y Alicia Langa Laorga¹, ambas de la escuela del historiador valenciano José Luis Jover Zamora, y siguiendo su estela, consolidaron el marco teórico de la literatura como fuente para la historia con investigaciones de altura a partir de autores

¹ LANGA LAORGA, Alicia: "La historia como fuente histórica", en Métodos y tendencias actuales de la investigación geográfica e histórica, UCM, 1988. También ver JOVER ZAMORA, José María: "De la Literatura como fuente histórica", Boletín de la Real Academia de la Historia, Madrid, 1992.

concretos. En el caso de la primera, el asturiano Armando Palacio Valdés sería el epicentro de una fuente completa de datos e información en sus novelas: podíamos desentrañar, por ejemplo, los distintos papeles asignados a los grupos sociales, las pautas de conducta de los mismos, las mentalidades de sus miembros, la vida cotidiana o la aparición de nuevos modelos sociales y científicos. En el caso de la segunda, el escritor portugués De Queiroz sería el cimiento en el que fundamentar la sociedad de Portugal del siglo XIX y todo su entramado interno.

Palacio Valdés, en novelas tan poco conocidas como interesantes, como La espuma, Pequeñeces -que se convertiría en un gran éxito en su adaptación al cine- o El origen del pensamiento, nos ofrece toda una serie de referencias que encontraremos con mayor dificultad en la documentación clásica que manejemos. Y si bien en los Archivos de Protocolos Notariales buscamos estadísticas, cifras de patrimonios personales, modos de vida, etc., que nos acercan al tipo de información que nos sea útil, sólo a través de la obra literaria encontramos otros elementos.

Ejemplos de obras literarias perfectamente válidas para nuestro trabajo, hay miles. Recordemos aquí, por ejemplo, la novela de Carmen Martín Gaité, Entre visillos, una muestra perfecta para el estudio de la sociedad española de posguerra, sus espacios de sociabilidad y la morfología mental en la que se estructuraba, principalmente, la clase media de la época.

A través de un método específico y acorde, basado en unas premisas básicas, nos adentramos en el universo mental que el autor nos expone. Primero, una unidad de criterios formales compartidos por los historiadores para la realización de una investigación ordenada y coherente. En segundo lugar, la necesidad de plantearnos preguntas, formularnos interrogantes y buscar respuestas. Y, por último, emplear adecuadamente instrumentos de interpretación que permitan el acceso, a través de un texto escrito, de cualquier naturaleza, al complejo mundo de las mentalidades individuales y colectivas de una sociedad. A los espacios, reducidos o abiertos, de las creencias, los prejuicios, las cosmovisiones y las actitudes ante la vida. Las formas externas de conducta y las convenciones sociales y públicas.²

Estas premisas son aplicables a todo documento escrito perteneciente a cualquier período histórico. Son las bases resumidas de un complejo y riguroso método debidamente estructurado y aceptado. Pero vamos a centrarnos a continuación en el capítulo específico de la Guerra Civil Española de 1936, con toda una variada gama de fuentes escritas, coetáneas o posteriores, a nuestro alcance. Obviaremos las fuentes orales por no ser objetivo de este artículo y por contar con una metodología específica que hacen de ellas un caso aparte.

II. FUENTES PARA EL ESTUDIO DE LA GUERRA CIVIL

Para el estudio de la Guerra Civil contamos también con un gran número de novelas, escritas en muy diferentes momentos y por autores de distinta circunstancia e ideología, válidas de ser susceptibles como fuente histórica: La forja de un rebelde, de Arturo Barea; Madrid, de corte a checa, de Agustí de Foxá; o Las bicicletas son para el verano, en el caso del teatro, de Fernando Fernán Gómez, son sólo algunos ejemplos de los cientos con los que contamos. Ellas, entre muchas otras, aúnan recuerdos y ficción, en una mezcla en la que sus autores se esfuerzan por mostrarnos la atmósfera de guerra en la que estaba obligada a sumergirse la población civil.

² José Antonio Maravall dedicó gran parte de su obra al estudio de la historia de las mentalidades empleando fuentes literarias. Ver el magnífico ejemplo de El mundo social de la Celestina,

Siendo el tema de la guerra del 36 el que mayor producción bibliográfica ha generado, no podemos decir lo mismo en el caso particular de Cuenca. Por ello, cuando el historiador se enfrenta al conjunto de obras que le pueden llegar a ser útiles para su trabajo, relacionadas con la Guerra en nuestra provincia, le invade cierto desasosiego al percibir un vacío importante. Una de las posibles explicaciones pudiera ser ese intento dolor que para la inmensa mayoría de la población conquense ha supuesto siempre recordar un conflicto y revivir sus recuerdos. Y una negativa a hablar de ella que ha permanecido hasta casi nuestros días.

Florencio Martínez Ruiz publicó un poema, "Los niños de la guerra"³ sobre sus recuerdos de infancia en la guerra, aunque el ejemplo más conocido sea, quizá, el de la novela de José Luis Coll, El hermano bastardo de Dios⁴, más tarde llevada al cine con éxito por el director Benito Rabal.

La obra de Coll no tiene pretensiones de convertirse en un reflejo fiel de la guerra civil en Cuenca. No quiere ser un libro de historia. Se trata, simplemente, de una fabulación construida a partir de sus recuerdos de niñez, entre los que mezcla realidad y ficción, episodios y personajes verdaderos con otros inventados. Es curioso cómo el ciudadano conquense, a falta de estudios concretos sobre el tema, ha querido ver siempre en ella un estudio cercano a lo que vivió la ciudad en aquellos tres años. Y si bien ofrece indudables datos de interés, no deja de ser una novela escrita por un escritor que ejerce como tal, con todas las licencias que ello le ofrece, y no una investigación de historiador.

Pero, por fortuna, no sólo de novelas vive el historiador. Para la Guerra Civil en Cuenca, como para la aproximación a la contienda de cualquier otra provincia, contamos con una serie de fuentes que permite cotejar cada dato con el que trabajemos. Fuentes de primera o segunda clase, directas o indirectas, pero cuya consideración habremos de analizar atendiendo a diversos parámetros. Para no entrar aquí en mayores planteamientos metodológicos, vamos a establecer una clasificación básica de fuentes, consignándolas por su tipología y atendiendo a nuestras necesidades historiográficas. Por lo tanto, además de emplear las fuentes de ficción referidas, podemos establecer una diferenciación de la obra escrita en los siguientes términos:

-Literatura de combate o propagandística.

En primer lugar, hemos de distinguir entre literatura de combate y periodismo. Son fuentes igualmente válidas, pero estilos bien diferenciados y con fines distintos. La literatura de combate posee siempre una pretensión literaria, con mayor o menor calidad artística dependiendo de las cualidades y el talento del autor, pero no es la calidad una característica que nosotros debamos valorar. Es muy importante saber que el texto nos vale en cuanto nos sirve para aportar información, sin mayores consideraciones.

La literatura de combate aborda temas y episodios contemporáneos al transcurso de la guerra, pero apostando por un tratamiento "de autor", literario a todas luces, con el objetivo de llegar a un público concreto que buscaba más un deleite artístico e ideológico que información inmediata. Es curioso observar, en las numerosas revistillas y publicaciones modestas de muchas brigadas y batallones, cómo eran los propios soldados, con más intención que acierto en muchas ocasiones, los encargados de llenar páginas a base de arengas y proclamas.

Mientras, el periodismo publicado en los principales medios de comunicación, escrito, como en el caso de la literatura de combate, por muy diversas plumas, desde

3 En Poetas conquenses del 50, Colección Altaya.

4 COLL, José Luis: El hermano bastardo de Dios, reeditado en 2007 por Ediciones Mar Futura. Fue llevada al cine en 1986.

las más aficionadas hasta las más cualificadas, trataba de ofrecer un mensaje claro y conciso ante todo, de primera línea y primera mano y, sobre temas principalmente de carácter local. A veces firmados por ideólogos del momento, otras por tipógrafos, maestros, dirigentes políticos o sindicales, que trataban de encontrar soluciones a problemas cercanos o denunciar situaciones creadas por la guerra y su retaguardia.

Una mezcla entre ambos, aunque más cercanos a la literatura de combate, fueron los artículos firmados por varias mujeres en periódicos republicanos conqueses. Es importante traerlos a colación aquí porque se trató de la primera vez que textos escritos por mujeres fueron publicados en prensa de nuestra ciudad. Realicé hace unos años un estudio de varias de ellas (*Tribuna de Cuenca*, Sección Memoria Recuperada, diciembre 2004/ enero 2005) y el mensaje que intentaron transmitir en una provincia con una alta tasa de analfabetismo y donde pocas conqueses escribían y, menos aún, leían. Se trataba de Jacinta Buenache y María Pellico, en dos periódicos, *El Herald de Cuenca* y *Cuenca Roja*, en 1937 y 1938, sobre todo el segundo (creado en 1937 como órgano del Comité Provincial del Partido Comunista en Cuenca, publicado los jueves y domingos, primero; y, desde julio de 1938, con carácter diario) donde Jacinta Buenache publicó la mayor parte de sus textos. En ellos desarrolló toda su carga ideológica personal, muy condicionada por los postulados de su partido.

El discurso de Jacinta Buenache obedecía a los patrones generales de la dialéctica de guerra. Ambos bandos desarrollaron su estilo propio a lo largo de los tres años de contienda y el de Buenache seguía las líneas de su tiempo y era hijo de los dictados de la época en la que le tocó vivir. Pero eso en ningún lugar menoscaba sus méritos como autora. Lo que firmaba en las páginas de los diarios obedecía de igual modo a la situación bélica. Ello nos ha privado de conocer una línea propia, con unos textos que quizá hubieran derivado hacia propuestas más personales. De igual modo, es preciso reconocer que muy probablemente sólo con motivo del advenimiento de la contienda, las palabras de Jacinta Buenache pudieron ver la luz.

María Pellico fue la otra pluma que escribió en prensa. Joven madrileña que llegó a Cuenca como evacuada en 1937, en Cuenca quedó sorprendida por el bajo grado de movilización política registrado dentro de la población en general, y femenina en particular. Todos sus planteamientos ideológicos y su vertiente práctica los puso de manifiesto en diversos artículos de interés cotidiano para la ciudad.

Las similitudes con Jacinta Buenache son evidentes. Como ella, sus palabras obedecen a los dictados de su tiempo. Las directrices que manifiestan en sus textos carecen de un marcado estilo propio, hurtado por la dialéctica de la guerra. Su estilo no pretende, pues, ser hermoso ni abiertamente literario, sino práctico y entusiasta, encaminado a motivar con vehemencia y a arengar para la lucha desde la retaguardia.

Cabe preguntarse qué nos hubieran podido ofrecer si las circunstancias les hubieran permitido escribir con mayor libertad. Porque, al observar sus artículos, descubrimos un mayor deseo de expansión, un discurso a duras penas contenido por los límites de las directrices del partido.

-Fuentes epistolares.

Las cartas constituyen una abundante fuente de información a tener en cuenta, a pesar de, a menudo, la brevedad de sus mensajes. Se encuadran en las fuentes netamente privadas, pero, a la vez, principalmente en momentos de guerra, ofrecen datos sobre la situación política, fechas y lugares, momentos de violencia, miedos, sentimientos o tipos de mentalidades, que son necesarios percibir entre líneas. Son aportaciones subjetivas del autor, narradas en un contexto determinado que hay que discernir, pero un instrumento más, y a menudo muy útil, para la labor del historiador. Conocer el contexto concreto en el que fueron escritas es nuestro mayor valor.

Para nuestro estudio sobre la Guerra en Cuenca tuvimos la suerte de poder manejar dos cartas, escritas en los primeros días de contienda, de un individuo

hacia sus familiares. A pesar de la brevedad de la misiva, constituye hoy un ejemplo perfecto de fuente de interés social, al referirse a la situación específica que se estaba viviendo en aquel momento, en un espacio concreto y con unas variables que hoy conocemos.

-Memorias políticas.

Pueden ser memorias coetáneas o posteriores. Algunas con pretensiones de ser memorias en sí, y otras, simple enumeración de recuerdos. La diferenciación no es baladí, puesto que la primera siempre observa una intencionalidad de posterioridad, de deseo de quedar reflejada en el tiempo, lo que las condiciona, y añade a menudo cierta dosis de fabulación y engrandecimiento por parte de su autor.

Existen infinidad de ejemplos de memorias políticas, pero citaremos aquí sólo cuatro a modo de referencia. El dirigente de la CEDA, Gil Robles, reflejando su experiencia en No fue posible la paz; El general Miaja, donde un militar republicano, Antonio López Fernández, explica su vivencia al lado del defensor de Madrid; Guerra, exilio y cárcel,⁵ del dirigente anarquista Cipriano Mera, a partir de los diarios personales escritos durante la guerra; o La muerte de la esperanza, de Eduardo Guzmán y sus recuerdos de un periodista que cubría la guerra, etc.

En lo que respecta a Cuenca, no podemos obviar el libro de memorias sobre guerra civil y franquismo de Meliano Peraile: Lo que fuera mejor nunca haber visto, publicado en 1991. Y un escrito especialmente curioso, precedido de su estudio historiográfico: “¿Fue un sueño?” de Cipriano López Crespo.⁶ El manuscrito relata la historia de un sueño del autor, cuando, al recibir un premio de lotería, comienza a planificar los cambios que desea introducir para mejorar las condiciones de su pueblo, Villaconejos de Trabaque, y sacarlo de la miseria. A partir de ahí, describe los males del lugar, sus necesidades y las propuestas de solución. Plantea transformaciones en educación, obras públicas y hasta sistemas económicos renovados. Obviamente, López Crespo, Oficial de Prisiones en el momento de escribir su relato, y con un bagaje de viajes y traslados por motivos laborales a su espalda, es un observador sagaz de las carencias de su pueblo, y podemos descubrir con él también la situación de su entorno más próximo y el atraso de la provincia de Cuenca en general. Esta preocupación social nos presenta un abanico de conocimiento a pequeña escala, pero trasplantable a un mayor objeto de observación. De hecho, son las memorias, por su carga de denuncia y reflejo de la realidad desde el punto de vista crítico, una de las fuentes que mayor peso dentro del estudio de la Guerra Civil.

-Escritos varios.

Entrarían en este apartado los folletos, octavillas y discursos generados con ocasión del transcurso de la guerra. Toda esta maquinaria propagandística ingente, con miles de unidades impresas, que constituyó un gran soporte de producción de ideas. Ideas que, con el transcurso del tiempo y el propio desarrollo de la contienda, fueron acomodándose a las circunstancias. Podríamos sumar también eslóganes y frases empleadas con profusión y que demuestran que la extensión de un texto no tiene por qué ser equivalente a su volumen de información. Así, la frase empleada en la defensa de Madrid, “*No pasarán*”, no sólo ha llegado hasta nosotros como un icono

5 GIL ROBLES, José María: No fue posible la paz, Edit. Ariel, Barcelona, 1968; LÓPEZ FERNÁNDEZ, Antonio: El general Miaja, G. del Toro Editor, Madrid. 1975; DE GUZMÁN, Eduardo: La muerte de la esperanza, G. del Toro Editor; MERA, Cipriano: Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista, Ruedo Ibérico, Francia, 1976.

6 El texto, escrito a mano, se inserta en el libro Honra, agua y pan. Un sueño comunista de Cipriano López Crespo (1934-1938). UCLM, 2004. Con un interesante estudio de Ángel Luis López Villaverde e Isidro Sánchez Sánchez.

de la guerra civil, independientemente de su adscripción ideológica, sino que contiene en sí misma, en dos únicas palabras, una gran cantidad de información.

Cabe destacar, como ejemplo perfecto de utilización política de un texto literario, el discurso del Gobernador Civil de Cuenca, Jesús Monzón, publicado en prensa de la época y en un cuadernillo aparte que se puede consultar en el Archivo de la Guerra Civil de Salamanca. En él, la sintaxis se encuentra al servicio de un objetivo; a finales de 1938, un momento especialmente difícil para la lucha de la causa republicana. Empleando un lenguaje poético y de exaltación de los sentimientos localistas, Monzón realiza una proclama y una llamada a la lucha, a la reacción desesperada ante la desidia y el cansancio de la población por la guerra.

Hoy, un discurso en las mismas circunstancias sería distinto, más directo y pragmático. Y, principalmente, con un lenguaje más empobrecido y lineal.

Un caso aparte lo ofrecen los libros del primer franquismo, escritos al terminar la guerra y que mezclan relato e investigación, con un claro objetivo ideológico y propagandístico. Sebastián Cirac, archivero diocesano, con su exhaustivo recuento de las víctimas de la represión republicana, y Joaquín Arrarás, que dedica un capítulo a Cuenca, como al resto de provincias españolas, en su Historia de la Cruzada.⁷ Ambas han de leerse hoy como lo que son, obras hijas de su tiempo, obedeciendo a las causas ya descritas. No se trata de fuentes rigurosas, pero sí perfectamente válidas con una cotejación adecuada, ya que fueron creadas con un gran volumen de documentación al terminar la guerra.

Finalmente, las investigaciones bibliográficas posteriores, que emplean todo tipo de fuentes escritas y orales, van ofreciendo un conocimiento riguroso y científico de nuestra guerra.

III. CONCLUSIONES

El escritor es un testigo privilegiado y agudo de su época, por cuanto sabe percibir los problemas y circunstancias de atañen a sus contemporáneos y posee la sensibilidad adecuada para transmitirlos, sobre todo a generaciones posteriores. Por ello, las transformaciones políticas y colectivas se hallan de forma muy presente en sus textos. El historiador, por tanto, se vale de su obra para analizar, sobre todo, la vida cotidiana, mentalidades, comportamientos y formas de vida de un espacio y tiempo determinado. Es decir, las Historia Social, fundamentalmente. La emplea como una fuente más, primaria o secundaria, según el objeto principal, pero que ha de ser cotejada en todo momento por otro tipo de información (prensa, documento de archivo, estadísticas, etc.) para valorarla y desentrañar su fiabilidad.

Pero ahí más. Creemos que una obra literaria nace siempre con la pretensión de convertirse en fuente histórica. Por un lado, porque el autor, cualquiera que sea, ofrece desde su perspectiva el reflejo de toda una sociedad. Y, por otro, porque escribe, no tanto para sus contemporáneos, sino para las generaciones futuras. Le interesa mostrar su trabajo a sus coetáneos, pero más aún a los que le han de leer en tiempos venideros. Es así como sabe que va a ganarse la inmortalidad, dejando constancia del pasado. Porque todo autor, y aquí estamos hablando fundamentalmente de autores, no de documentos casuales o gubernamentales de carácter impersonal, escribe para trascender, nunca con carácter efímero. Escribe con visión futuro sobre su presente. Por eso es, y será siempre, fuente para conocer los hechos pasados. Fuente para la historia.

Debemos, por tanto, dotar de aparato crítico al estudio de estos textos, articulando y argumentando nuestras incursiones en el trabajo del autor, para conformar un discurso histórico válido y coherente. Analizar metódicamente los

7 CIRAC ESTOPAÑÁN, Sebastián: Martirologio de Cuenca. Crónica Diocesana de la época roja, Barcelona, 1947. Y ARRARÁS IRIBARREN, Joaquín: Historia de la Cruzada Española, tomo V, Ediciones Españolas, Madrid, 1942.

condicionantes del autor, sus circunstancias, ideología, momento histórico y condicionantes, etc. O dicho de otra forma: quién escribe, su contexto, el texto en sí y lo que el mismo nos aporta. Sin consideraciones de calidad, sino de cantidad y volumen de información para nuestro trabajo. A los historiadores un documento en sí nos es válido en cuanto nos sirve para un mayor conocimiento de cualquier circunstancia o hecho: porque todo hecho constituye en sí hecho histórico.

No son efímeros ni tan siquiera los textos más livianos o publicados en prensa. Nada de lo que se escribe se pierde y, como la energía, se transmite en un momento u otro, por uno u otro canal de percepción. Incluso los textos impresos ante la urgencia de la guerra conservan ese peso de obra de autor, de aportación de mensaje, de información que recoger y procesar. Eso es lo que hacemos los historiadores, desgranando palabras y analizándolas al detalle en el espacio vivo de su tiempo.

Y para terminar, quiero añadir un breve apunte de un poema que escribí al tiempo de estar investigando la guerra en nuestra ciudad. Sólo unas palabras para encerrar lo que la memoria guarda aún de la tragedia:

LA GUERRA CIVIL EN CUENCA

*La ciudad se duerme
y esconde
las balas que olvidó en su estómago
de nombres secos e imperfectos.
Nombres que añora.
Hombres que callan.
Araña
despacio sus horas de cautela
y silencio
sobre papeles sagrados
que dejó un día perezosa pudrirse al viento.
Sin saber,
sin querer saber,
que bajo cada piedra
habita una tumba
que rezuma sombras
y reflejos,
de fusiles,
tambores y miedos.
Caballos de dolor
y espejos de poemas y esqueletos.*